

á él. Al oír estas palabras, los discípulos llenos de espanto cayeron con el rostro contra el suelo. Llegándose luego á ellos Jesus, les tocó y les dijo : Levantaos, y no tengais miedo. Entonces levantando los ojos, vieron que Jesus estaba solo. Y cuando bajaban del monte les intimó Jesus este precepto, y les dijo : A nadie digais lo que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

MEDITACION.

SOBRE QUE NO PODEMOS SER FELICES, YA EN ESTA VIDA,
SINO ESTANDO CON JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hace ya mucho tiempo que se busca inútilmente el ser felices sobre la tierra, porque la felicidad, aun la de esta vida, no es fruto de la tierra en que habitamos. Desde la maldicion que atrajo sobre ella el pecado del primer hombre, no lleva mas que abrojos, ni produce mas que espinas. La amargura está esparcida en todos sus frutos. En efecto, el mundo, aunque magnífico en sus promesas, no ha podido hacer hasta aquí mas que desgraciados. Los mejor librados, los que han sacado mas parte de los bienes de esta vida, son aquellos que conocen mas el vacío de todos los bienes criados. Salomon, el mas rico, el mas dichoso, el mas poderoso de todos los príncipes, confiesa ingenuamente su indigencia : en medio de la abundancia misma, y de la mas floreciente y mas continuada prosperidad, no puede menos de confesar que todo ello no es mas que ilusion y vanidad. Para ser feliz es preciso que el corazón esté tranquilo, que esté contento, que todo en él esté en calma; y esta paz del corazón no puede ser un presente del mundo : en medio de los bienes, de los ho-

nores, y de los placeres es donde se goza menos quietud ; solo Jesucristo es el que puede mandar á las olas y á los vientos. Las pasiones son los tiranos del corazón del hombre ; la prosperidad las hace fieras ; se fortifican con la edad, y nunca son tan violentas como cuando la edad nos debilita y han decaído nuestras fuerzas. La abundancia de los bienes criados es una fuente fecunda de cuidados y de inquietudes ; la multiplicidad de los placeres es necesariamente una necesidad siempre progresiva de disgustos y de pesadumbres ; no hay ninguno, cualquiera que sea, que no esté empapado en amargura. Los honores lisonjean, pero no deslumbran mas que á aquellos que los ven en otro. ; Qué de nieblas, qué de tiempos sombríos, qué de tempestades aun hasta sobre el trono ! En una palabra, las cruces nacen en todas partes ; ningun estado, ninguna condicion hay en el mundo, ningun particular, ninguna familia que estén exentos de ellas ; tal vez son mas abundantes en donde hay mas comodidades. Si se las quiere arrancar, se pica uno con sus espinas, y como todo está sembrado de ellas, si se arranca una, se ven muy pronto nacer otras muchas. ¿ Queremos ser felices ? Es preciso apartarse del tumulto ; no basta, es preciso subirse á la cima de una alta montaña ; y porque á todas partes nos llevamos á nosotros, y con nosotros llevamos á todas partes la fuente y la causa de todas nuestras penas, esto es, nuestro natural, nuestro humor, nuestras pasiones, nuestras disposiciones, nuestro amor propio, si Jesucristo no está con nosotros para apaciguar los vientos, para sosegar el mar, para producir la calma, en todas partes somos desgraciados.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solo allí en donde se halla Jesucristo es en donde reina la calma, la paz y la abundancia. Si se halla en la barca agitada de los vientos y de las olas, no hay nada que temer; la calma viene desde el momento en que él se muestra. Si se halla en un desierto estéril, acompañado de una multitud innumerable de pueblos, sin otra provision que cinco panes, no tiene mas que bendecirlos, y los multiplica hasta quedar muchas canastas de sobra, despues de satisfecha la multitud. Si los discípulos se ven oprimidos de temor y de perplejidades, no es necesario mas que el que se les aparezca anunciándoles la paz, y se la da y les tranquiliza. En fin, si sube sobre la cima de una alta montaña, aunque no hable mas que de su pasion y de las humillaciones de su muerte, aunque los apóstoles estén abrumados de tristeza y de pesar, no necesita mas que hacer que aparezca un débil rayo de su gloria para hacer de aquel lugar escarpado, solitario y espantoso, un paraiso en la tierra, y para colmar á todos los que están con él de tantas dulzuras, que exclamen: que ya no hay que pensar en ir á buscar la dicha y la felicidad á otra parte, y que se tendrian por dichosos en permanecer eternamente allí donde están, con tal que Jesucristo permaneciese tambien allí. Por mas que se acumulen tesoros sobre tesoros, se reunan todos los placeres, y se multipliquen los honores todos del mundo, todos estos encantos son exteriores; el corazon no está menos sujeto á sus pesadumbres, ni menos entregado á sus inquietudes mortales; á lo mas no es otra cosa que una víctima cubierta de flores en la vispera

de ser inmolada. El solo pensamiento de la muerte turba todas las fiestas, y empapa de una amargura cruel todos los placeres. Solo pertenece al servicio de Dios el hacer que desaparezcan todas estas nieblas; no hay mas que el amor que se tiene á Jesucristo, y que Jesucristo nos tiene á nosotros, que produzca las dulzuras de una paz que el hombre carnal no puede comprender. Esta paz dulce de que goza el alma, es un gusto anticipado de los regocijos del cielo; comparad la modestia, la dulzura inalterable de las gentes buenas, con el humor siempre fastidioso, arrebatado y sombrío de los mas dichosos del siglo. Se derraman lágrimas á los piés de un crucifijo; pero ¡qué alegría, qué dulzura encierran estas lágrimas! Se derraman en el mundo, son inagotables las fuentes de donde nacen entre los mundaños; ¡y qué amargura, qué angustia, inseparable de todos estos llantos, tanto mas amargos, cuanto mas secretos y mas estériles! Búsquese, estúdiense, consúmense los hombres por hallar ni aun una sombra de felicidad sobre la tierra; no puede menos de decirse: Solo soy feliz en cuanto estoy con Jesucristo.

Hacedme, Señor, sensible esta verdad por mi experiencia. Yo veo todo mi bien, ó Dios mio, en unirme á vos.

JACULATORIAS.

Mi alma se une á vos, Señor, y vuestra diestra me protege. *Salm. 62.*

Si, Dios mio, yo reconozco que toda mi felicidad consiste en unirme á vos, y en poner en vos mi esperanza. *Salm. 72.*

PROPOSITOS.

1.º Es extraño que, despues que se confiesa, y que se conoce que los bienes criados, los honores y los placeres no pueden hacer á un hombre dichoso sobre la tierra, no se busque en otra cosa que en ellos la felicidad; ó que, habiéndola encontrado, no se fije allí la ambicion, los deseos y la fortuna. Este estado tan dichoso, y único á propósito para hacer dichosos á los hombres, es el estado de un verdadero cristiano que guarda los mandamientos de Dios, que es verdadero discípulo de Jesucristo, y que regla su conducta sobre las máximas del Evangelio. No tengais otro deseo, otra ambicion que fijaros en este estado. Nuestra felicidad, por decirlo así, depende de nosotros, puesto que en nosotros consiste ser tales como debemos ser. Persuadidos que solo en la escuela de Jesucristo es en donde se aprende la ciencia de los santos, estudiad con aplicacion y con constancia en esta escuela. Solo en el servicio de Dios es uno dichoso; no tengais, por decirlo así, otro señor. Imponéos una ley de seguirle, de escucharle y de obedecerle. Sed fieles discípulos suyos, y no dejaréis de ser dichosos.

2.º Toda la majestad de Jesucristo se halla en la divina Eucaristía. Allí está como transfigurado bajo las apariencias de pan, de un modo á la verdad diferente que sobre el Tabor, pero tan realmente como sobre aquella montaña. Allí no se encontraron mas que los tres apóstoles privilegiados; nosotros podemos todos, en alguna manera, tener el mismo privilegio á los piés de los altares. Id con frecuencia á hacer estacion en lugar santo, con una fe viva y una

devocion perseverante. Jesus os comunicará allí parte de sus dulzuras, y aun se puede decir, de su gloria, comunicándose á vuestra alma, con tal que halle en vosotros un corazon cristiano. Podeis decirle allí con tantas almas fieles: ¡qué bueno es el estar aquí! No paseis ningun dia sin ir á visitarle por lo menos media hora. Muy pronto experimentaréis cuán dulce es el estar de continuo á los piés de Jesucristo.